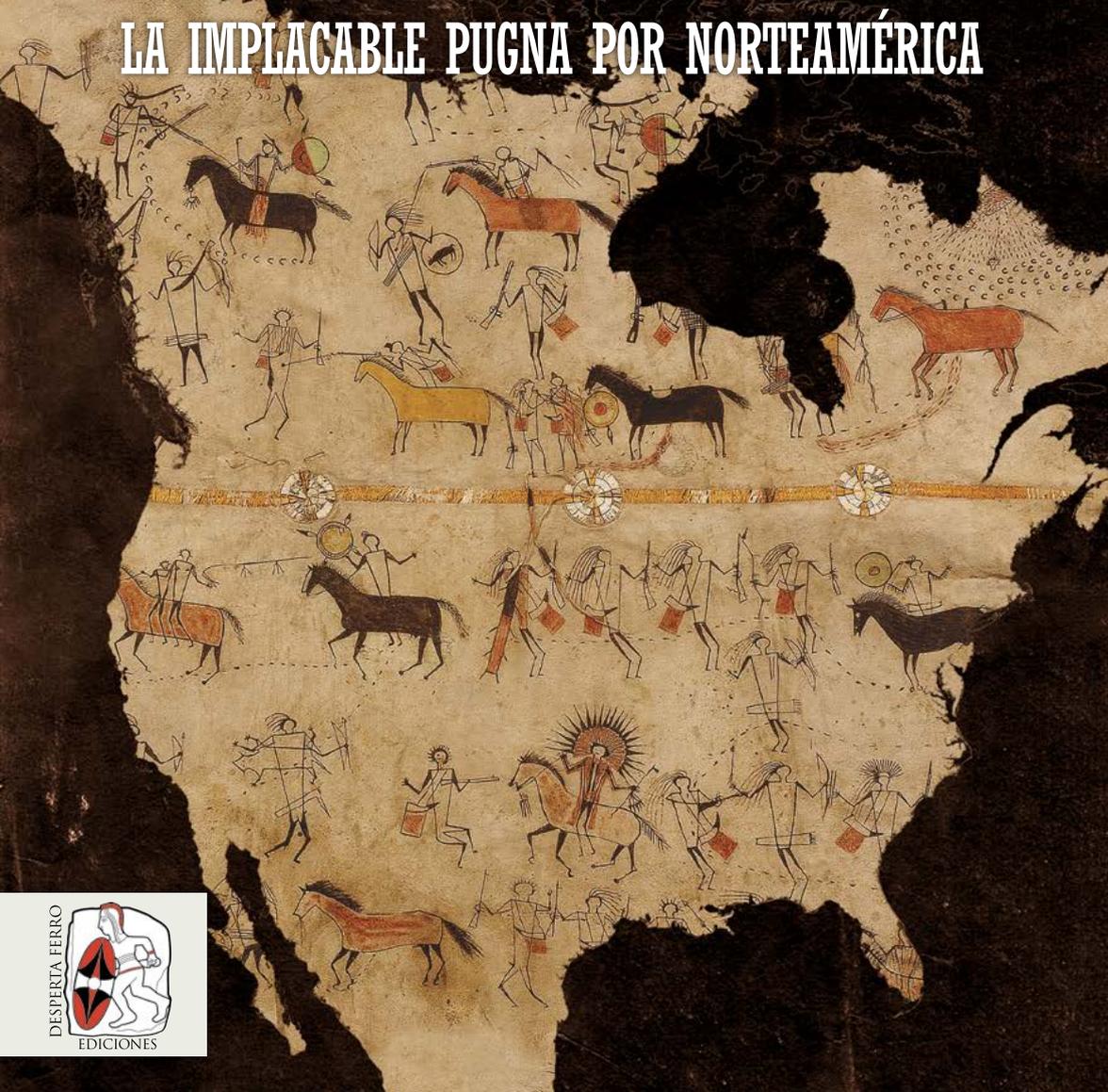


PEKKA HÄMÄLÄINEN

# CONTINENTE INDÍGENA

LA IMPLACABLE PUGNA POR NORTEAMÉRICA



DESPERTA FERRO



EDICIONES

# CONTINENTE INDÍGENA

DESPERTA FIERRO



EDICIONES

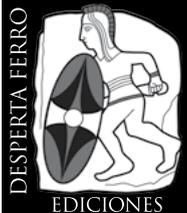
PEKKA HÄMÄLÄINEN

# CONTINENTE INDÍGENA

LA IMPLACABLE PUGNA POR NORTEAMÉRICA

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Continente indígena  
Hämäläinen, Pekka  
Continente indígena / Hämäläinen, Pekka [traducción de Javier Romero Muñoz].  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2024 – 584 p. ; 23,5 cm – (Historia de América) – 1.ª ed.  
D. L.: M-6578-2024  
ISBN: 978-84-128068-5-4  
94(460).3 (=81/82+87)  
325.3 355.427

## CONTINENTE INDÍGENA

*La implacable pugna por Norteamérica*  
Pekka Hämäläinen

The New York Times Book Review seal from The New York Times. © 2022

Copyright © 2022 by Pekka Hämäläinen  
ISBN: 978-1-63149-699-8

© de esta edición:

*Continente indígena*  
Desperta Ferro Ediciones SLNE  
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha  
28014 Madrid  
[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-128068-5-4  
D.L.: M-6578-2024

Traducción: Javier Romero Muñoz  
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández  
Cartografía original de Bill Nelson  
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Todas las imágenes son de dominio público, salvo aquellas en las que se indica otra fuente.

Primera edición: mayo 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2024 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*



# ÍNDICE

Agradecimientos .....	IX
Nota acerca de la terminología y el estilo .....	XI
Introducción. <i>El mito de la América colonial</i> .....	XIII

## **PRIMERA PARTE**

El alba del continente indígena (los primeros setenta milenios)

1 El mundo a espaldas de la Tortuga .....	1
2 El continente igualitario .....	11
3 Conquistas a ciegas .....	25

## **SEGUNDA PARTE**

Parecían gigantes en la distancia (el largo siglo XVI)

4 <i>Terra nullius</i> .....	37
5 El imperio powhatan .....	53
6 Guerras en la orilla del agua .....	73
7 Los pequots ya no volverán a ser llamados pequots .....	91

### **TERCERA PARTE**

La pugna por el gran interior americano  
(principios-mediados del siglo XVII)

8	El ascenso de la Liga de las Cinco Naciones .....	103
9	Enemigos de la fe .....	117
10	El poder de la debilidad .....	135

### **CUARTA PARTE**

El contragolpe indígena (finales del siglo XVII)

11	Los ingleses como un niño pequeño .....	153
12	El desafío de Metacom .....	169
13	Las guerras civiles e inciviles de Virginia .....	177
14	La gran rebelión del sudoeste .....	187

### **QUINTA PARTE**

El tenaz continente indígena (principios del siglo XVIII)

15	La línea resiste .....	203
16	Olían como los caimanes .....	221
17	Una infinidad de rancherías .....	243

### **SEXTA PARTE**

El corazón del continente (mediados-finales del siglo XVIII)

18	Perros mágicos .....	261
19	Guerras hasta el fin del mundo .....	273
20	El asedio a la América británica .....	291
21	Guerras de independencia mundanas y ultramundanas .....	307
22	Una segunda muralla china .....	319

## **SÉPTIMA PARTE**

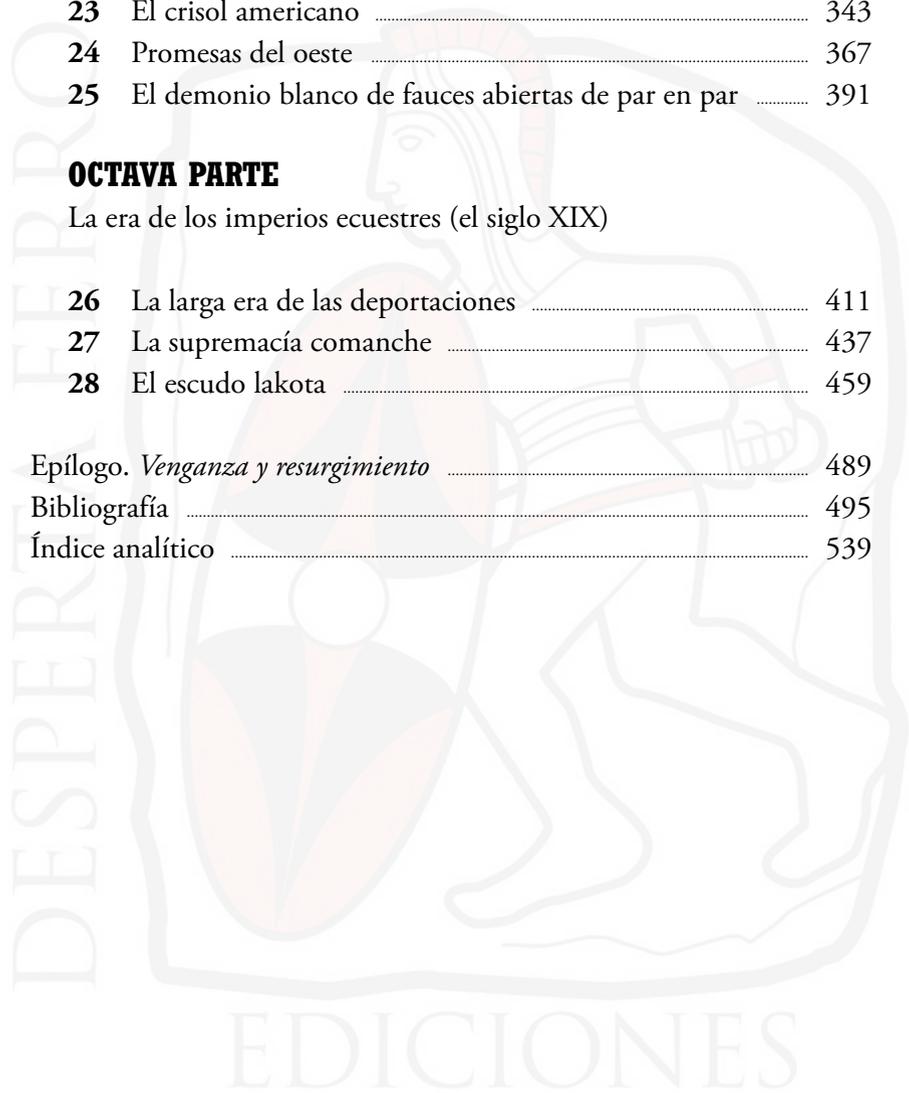
Las revoluciones americanas (finales del siglo XVIII,  
principios del XIX)

23	El crisol americano .....	343
24	Promesas del oeste .....	367
25	El demonio blanco de fauces abiertas de par en par .....	391

## **OCTAVA PARTE**

La era de los imperios ecuestres (el siglo XIX)

26	La larga era de las deportaciones .....	411
27	La supremacía comanche .....	437
28	El escudo lakota .....	459
Epílogo. <i>Venganza y resurgimiento</i> .....		489
Bibliografía .....		495
Índice analítico .....		539



---

# AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que me ayudaron durante la investigación y redacción del presente libro y es un gran placer darles las gracias. Fred Anderson, Rani Andersson, Juliana Barr, James Belich, Lance Blythe, Patrick Bottiger, Paul Conrad, Jane Dinwoodie, Francois Furstenberg, Daniel Green, Patrick Griffin, Mandy Izadi, Paul Kelton, John Kessel, Matthew Kruer, Sami Lakomaki, Joy Porter, Charles Prior, Andrés Reséndez, Nancy Shoemaker, Coll Thrush, Camilla Townsend y Samuel Truett me concedieron generosamente su tiempo para hablar de este proyecto y leer parte del original, que hicieron mejor con sus contribuciones. James Merrell leyó el texto y aportó críticas detalladas y sagaces; estoy profundamente en deuda con él por sus consejos. Mi editor, Daniel Gerstle, mejoró infinitamente el libro con sus perspicaces comentarios. Agradezco a Zeba Arora por su labor con las imágenes. Fue maravilloso volver a trabajar con Bill Nelson en los mapas. También quiero agradecer a mi agente, Geri Thoma, por su apoyo, entusiasmo y sabiduría. Es grande mi deuda de gratitud con mi correctora, Stephanie Hiebert, que no solo mejoró enormemente el original, sino que también me enseñó mucho acerca de escribir. Quiero dar las gracias a Kaspar Supinen y a Lidia Supinen por sus comentarios y su apoyo. Como siempre, Veera Supinen me fue de inmensa ayuda con su auténtica brillantez.

Hice un primer ensayo de las ideas y argumentos de *Continente indígena* en un ensayo titulado «The Shapes of Power: Indians, Europeans and North American Worlds from the Seventeenth to the Nineteenth Century», publicado en *Contested Spaces of Early America* (Juliana Barr y Edward Countryman (eds.), Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2014). Estoy muy agradecido por los comentarios al resto de

## CONTINENTE INDÍGENA

colaboradores del libro y en particular a los que participaron en el taller previo a la publicación del mismo. En particular, me gustaría transmitir mi gratitud a Matthew Babcock, Juliana Barr, Ned Blackhawk, Edward Countryman, Chantal Cramaussel, Brian DeLay, Elizabeth Fenn, Allan Freer, Raúl José Mandrini, Cynthia Radding, Birgit Brander Rasmussen, Alan Taylor y Samuel Truett.

DESPERTA FERRO



EDICIONES



## **NOTA ACERCA DE LA TERMINOLOGÍA Y EL ESTILO**

En algunos casos he modernizado las citas literales cuya ortografía dificulta la comprensión. Siguiendo el ejemplo de Nancy Shoemaker, llamaré a los hombres y mujeres implicados en guerras «soldados», no «guerreros». Los asentamientos de las naciones nativas más sedentarias son «localidades», mientras que las de los pueblos nómadas son «aldeas». En lugar de «jefes», utilizo términos indígenas para denominar a los líderes, o «autoridades» u «oficiales», dado que eran administradores indígenas. Con respecto a los nombres de las naciones indias, he utilizado las que estas prefieren usar. Odawas en lugar de ottawas; lenapes y no delawares; wyandots en lugar de hurones; illinis, no illinois; meskwakis por foxes [zorros]; ho-chunks y no winnebagos; muscoguis en lugar de creeks; ojibwes por ojibwas. Los iroqueses también se denominan haudenosaunee.<sup>1</sup>



### **NOTAS**

1. Shoemaker, N., octubre de 2020, 537-549.

---

# INTRODUCCIÓN

## EL MITO DE LA AMÉRICA COLONIAL

Acerca de América existe un relato, viejo y muy arraigado, que viene a decir algo así como esto: Colón se topó con un continente extraño y regresó con historias de incalculables riquezas. Los imperios europeos se lanzaron de inmediato sobre ese asombroso Nuevo Mundo, ansiosos por reclamar la mayor extensión posible. Al enfrentarse entre sí, los europeos desencadenaron una expansión colonial que se prolongó alrededor de cuatro siglos, desde la conquista de La Española, en 1492, hasta la masacre de Wounded Knee de 1890. Entre estos dos momentos, las potencias europeas y el naciente imperio estadounidense acumularon almas, esclavos y territorio, al tiempo que desposeyeron y destruyeron cientos de sociedades indígenas. Los indios opusieron resistencia, pero no lograron contener la avalancha. Por más combativos y hábiles que fueran, no pudieron hacer frente a los recién llegados y a su descarnada ambición, a su tecnología superior y a sus letales microbios, que penetraban los cuerpos nativos con aterradora facilidad. Los indios estaban sentenciados; los europeos destinados a conquistar el continente. La historia fue un proceso lineal que avanzó de manera irreversible hacia la destrucción de los indígenas.

*Continente indígena* narra una historia diferente. Presenta un nuevo relato de la historia de América que pone en entredicho la inevitabilidad de la expansión colonial, así como que el colonialismo definió al continente y las experiencias de quienes lo habitaban. Este libro deja a un lado tales premisas anticuadas y revela un mundo que siguió siendo abrumadoramente indígena hasta bien entrado el siglo XIX. Alega que, en lugar de la «América colonial», deberíamos hablar de una América *indígena* que se hizo colonial de forma lenta y desigual. Hacia 1776, diversas potencias coloniales europeas reclamaban la posesión de casi

todo el continente, pese a que este seguía bajo el control de las potencias y los pueblos indígenas. Los mapas de los libros de texto modernos que representan Norteamérica con bloques de color bien definidos confunden extravagantes reivindicaciones imperiales con el control real del territorio. La historia del abrumador y persistente poder indígena que narraremos en estas páginas sigue permaneciendo en el olvido y aún hoy constituye la mayor omisión de la visión común del pasado americano.

La realidad del continente indígena cayó en el olvido porque los imperios europeos, y en particular Estados Unidos, atribuían el poder al Estado y su burocracia, mientras que las naciones nativas lo asignaban a las relaciones de parentesco. Desde el principio, los recién llegados juzgaron a los indios con arreglo a conceptos europeos. Los historiadores posteriores hicieron lo mismo, pues se centraron en el poder del Estado como la fuerza impulsora de las Américas. El parentesco, sin embargo, podía ser fuente de gran poder y las naciones indígenas poseían sistemas políticos avanzados que les permitían acometer operaciones diplomáticas y bélicas flexibles, pese a que los euroamericanos eran, muchas veces, incapaces de verlo. Una y otra vez, a lo largo de siglos, los indios bloquearon y destruyeron proyectos coloniales y obligaron a los euroamericanos a aceptar los usos, la soberanía y el dominio nativo. Esto es lo que muestran las fuentes históricas cuando separamos la historia de las Américas del relato histórico habitual, que da preferencia a las ambiciones, las perspectivas y las fuentes europeas.

El relato tradicional permanece enquistado en nuestra cultura y nuestra mentalidad. Si consideramos la visión al uso de la Guerra de Nube Roja y de la última resistencia de Custer, según el relato convencional, en una sola década, entre 1866 y 1876, los indios lakota y sus aliados cheyenes y arapahoes derrotaron a Estados Unidos en dos guerras. Primero en la ruta Bozeman, en lo que se conoció como la Guerra de Nube Roja, y luego en la batalla de Little Bighorn, donde aniquilaron al 7.º de Caballería de George Armstrong Custer. La historia estadounidense ha considerado ambas derrotas aberraciones o golpes de suerte. Al fin y al cabo, Estados Unidos era una potencia militar-industrial de alcance continental que se disponía a expandirse más allá de la costa oeste. Los lakotas humillaron al país en un momento clave: justo cuando la nación se despojaba de su identidad fronteriza y se adentraba en la era moderna de lo corporativo, la burocracia y la ciencia. Tales desastres fueron atribuidos a deficiencias del mando y a un enemigo astuto y familiarizado con el territorio.

Por el contrario, vistas desde la perspectiva de los nativos norteamericanos, la Guerra de Nube Roja y la última resistencia de Custer no son anomalías históricas, sino la culminación lógica de una larga historia de poder indígena en el norte de América. Fue algo más esperado que extraordinario. Desde el inicio del colonialismo en Norteamérica, hasta los últimos triunfos militares de los lakotas, un sinnúmero de naciones nativas peleó con fiereza para mantener sus territorios intactos y sus culturas incólumes, así como frustraron las pretensiones imperiales de Francia, España, Gran Bretaña y los Países Bajos y, más tarde, de Estados Unidos. Esta «infinitud de naciones» incluía a iroqueses, catawbas, odawas, osages, wyandots, cheroquis, comanches, cheyenes, apaches y muchos otros. Y, aunque cada nación era y es distinta, un abismo cultural separaba a los recién llegados europeos de todos los habitantes indígenas del continente, el cual generó temor, confusión, ira y violencia. Esta división atizó uno de los conflictos más prolongados de la historia e inspiró siglos de búsqueda de una comprensión y un acomodo mutuo... Una búsqueda que continúa en la actualidad.<sup>1</sup>

Los grandes escollos para el estudio de los nativos de las Américas son unas amplias generalizaciones, combinadas con una limitada especificidad. Durante largo tiempo, los historiadores vieron a los indios como un monolito humano cortado de un único –y primordial– patrón cultural, una raza definida por una historia trágica de desposesión y por su épica pugna por la supervivencia. Esta tradición está presente en numerosos libros de historia popular que narran la historia de los nativos estadounidenses en forma de obra moralizante, que, a menudo, suele centrarse más en Estados Unidos y en su carácter que en los propios indios. En tales relatos de la América nativa, los indios suelen presentarse como figuras unidimensionales y su complejidad y diferencias se suprimen para dar interés al relato. Son reducidos a la condición de meras comparsas de la violenta transformación de Estados Unidos en potencia global: la resistencia y el sufrimiento de los indígenas realzan el drama y permiten a las personas del tiempo presente hacerse una idea de lo mucho que se perdió y a qué precio.

Al otro lado del espectro tenemos una venerable tradición de historias tribales, cada una de ellas centrada en una única nación nativa. Estas nos proporcionan una visión exhaustiva de sus tradiciones, estructuras políticas, cultura material y experiencias históricas. Este estudio académico, necesario y a menudo excelente, ha devuelto a la vida a centenares de pueblos indígenas olvidados; unos actores históricos fuertes, creativos y resistentes que llenan de texturas humanas un continente en

penumbra. El inconveniente de este enfoque es el particularismo. Cada nación se ve como algo único, insertada en su propio micromundo. Si se multiplica esto por quinientos, el problema salta a la vista. Examinar la América indígena de este modo es como mirar una pintura puntillista desde escasos centímetros de distancia. Nos desborda, pierde coherencia; es imposible distinguir las pautas generales.

Con todo, basta este ligero ajuste de perspectiva para que surja una nueva y más nítida imagen de Norteamérica. *Continente indígena* sigue una vía intermedia entre lo general y lo concreto y descubre la larga lista de mundos nativos americanos que surgieron y cayeron en todo el continente entre principios del siglo XVI y las postrimerías del XIX. En numerosos dominios, indios y colonos compitieron por tierras, recursos, poder y supremacía, una pugna en la que muchas veces estaba en juego la supervivencia. Cada territorio tenía un carácter propio, reflejo de la abrumadora diversidad física del continente: los riesgos y dinámicas de la guerra, la diplomacia y el sentimiento de pertenencia se desempeñaban de modos diferentes en las costas, a lo largo de los valles fluviales, en los bosques y en las praderas y montañas.

Por encima de todo, este libro es una historia de los pueblos indígenas, pero también es una historia del colonialismo. La historia de Norteamérica que nos muestra es la de un lugar y una era conformados, en lo fundamental, por la guerra. La pugna por el continente fue, básicamente, una contienda de cuatro siglos de duración en la que casi todas las naciones nativas combatieron la invasión de las potencias coloniales, a veces en alianza, otras veces solas. Pese a lo mucho que se ha escrito acerca de las guerras indias del norte de América, este libro presenta una visión indígena de dicho conflicto. Para las naciones nativas, la guerra era muchas veces el último recurso. En numerosas ocasiones, puede que en la mayoría, los indios trataron de insertar a los europeos en su sistema y darles una utilidad. No se comportaban como mendicantes. En realidad, los pedigüños eran los europeos: su vida, movimientos y ambiciones estuvieron determinadas por las naciones nativas, que acogieron a los recién llegados en sus asentamientos y redes de parentesco en busca de comercio y aliados. Los indios, tanto hombres como mujeres, eran diplomáticos sofisticados, astutos comerciantes y líderes fuertes. Los arrogantes europeos, aunque consideraban que los indios eran débiles y que estaban sin civilizar, se veían obligados a aceptar condiciones humillantes. Una inversión de los clichés comunes en torno al dominio blanco y la desposesión india que han sobrevivido hasta el presente.

Cuando había guerra, los indios ganaban con la misma frecuencia que perdían. Las viejas ideas, desacreditadas y ridículas de indios «salvajes» o «nobles salvajes», sugieren cierto grado de brutalidad en la batalla. Sin embargo, los colonos fueron los responsables de la mayoría de atrocidades. Numerosos colonizadores, en particular británicos, españoles y estadounidenses, llevaron a cabo limpieza étnica, genocidio y otros crímenes, si bien algunos adoptaron planteamientos más mesurados con los pueblos nativos. Hubo colonos que despreciaban a los indios y querían erradicarlos, pero también hubo regímenes coloniales que trataron de integrarlos. Hubo muchos tipos de colonialismo —de asentamiento, imperial, misionero, extractivo, comercial y legal— que van surgiendo y sumándose según avanza la historia. Es de vital importancia trazar la evolución del colonialismo: solo es posible una plena comprensión de la profundidad y alcance del poder indígena si se compara con el inmenso desafío colonial procedente de Europa. He tratado de presentar todo el potencial del colonialismo para destruir vidas, naciones y civilizaciones. Es en el contraste con esta violencia horrenda donde se revela el poder indígena. El colonialismo de ultramar fue una empresa inmensa que requirió valor y compromiso. Los invasores europeos eran implacables por su arraigada ideología racista y porque se jugaban mucho. Para la mayoría no había vuelta atrás.



Una historia en un solo volumen del norte de América continental no puede dedicar igual atención a todas las naciones nativas, regiones y acontecimientos. Las grandes naciones y confederaciones indígenas pudieron enfrentarse a los imperios nativos conforme a sus propias reglas e impulsaron buena parte de la historia gracias a su capacidad de mantener a Norteamérica indígena. Sin embargo, las naciones menores y sus resistencias también fueron esenciales en la conformación del continente indígena. La preservación del poder y la soberanía indígenas fue una empresa total: cada intrusión colonial, por pequeña que fuera, podía generar un efecto dominó de retiradas nativas. En consecuencia, este libro adopta muchas veces enfoques locales y detallados; fue allí, en los encuentros cara a cara, donde tuvo lugar la dura labor de la colonización y de la resistencia a esta. Los americanos indígenas peleaban por su tierra, por su vida y por las generaciones futuras. Cada palmo de terreno contaba.

El presente volumen cubre un amplio lapso histórico —cuatro siglos y un continente—, aunque existe un factor único que le da forma,

dirección y sentido: el poder. Definimos a este como la capacidad de las personas y sus comunidades de controlar espacio y recursos, de influir en las acciones y percepciones de otros, de mantener a raya a sus enemigos, de convocar seres de otro mundo y de iniciar y resistir al cambio. Este libro es la historia de una larga y turbulenta era en la que el norte de América estuvo en disputa por muchos y dominada por ninguno. La historia que examina el modo en que las personas ganaban, perdían y, en raras ocasiones, compartían el poder con forasteros y creaban muchos nuevos mundos. La mejor descripción de este libro sería que es una biografía del poder en Norteamérica. El relato sigue las acciones y los puntos clave de inflexión en todo el continente en disputa y muestra cómo sus diversas regiones devinieron puntos geopolíticos calientes donde se intensificaron las rivalidades y donde la historia se tornó violenta.

Sin dejar de ser una obra inclusiva, centrada en los colonos europeos y en los nativos americanos, los actores, acontecimientos y momentos decisivos de la historia estadounidense pasan aquí a segundo plano. La Ley del Sello, la Ley del Té, la masacre de Boston y la promulgación de la Constitución de Estados Unidos tienen una presencia marginal en esta historia. Los indios controlaban la mayor parte de Norteamérica y a menudo ignoraban los avances europeos más allá de sus fronteras. Y, si los conocían, no les daban importancia. Por el contrario, los pueblos indígenas estaban interesados en las ambiciones y experiencias de otros pueblos indígenas: los iroqueses, cheroquis, lakotas, comanches, shawnees y muchos otros.



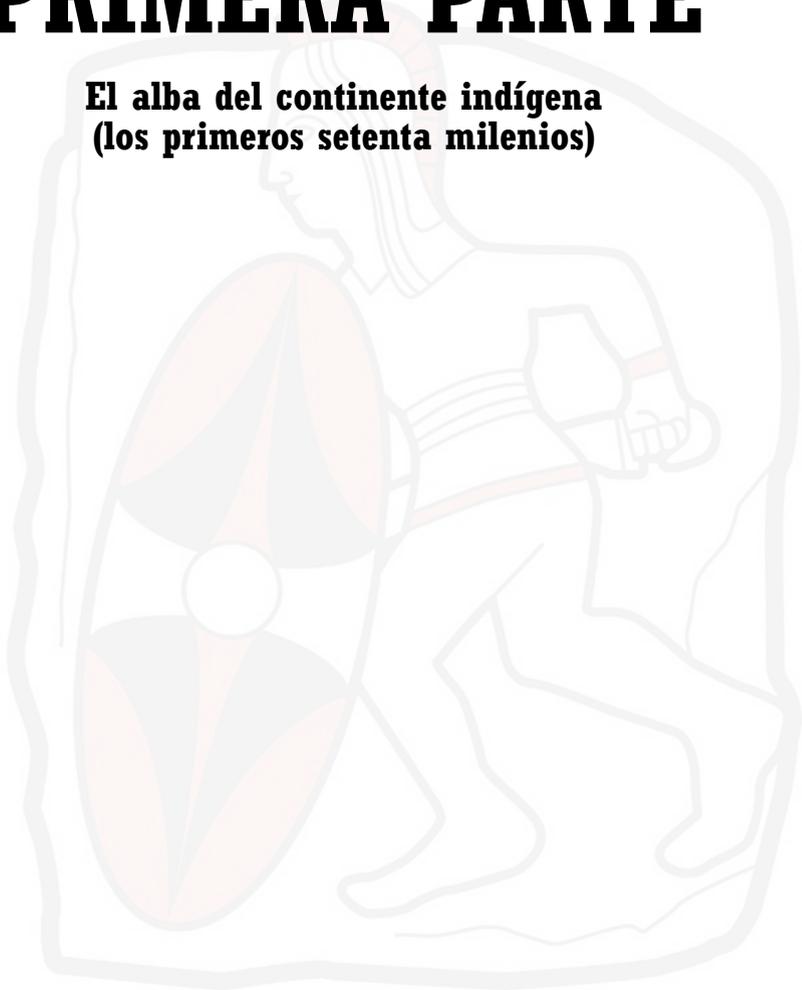
### NOTAS

1. He tomado prestado el concepto «infinitud de naciones» de Witgen, M., 2012.

# PRIMERA PARTE

**El alba del continente indígena  
(los primeros setenta milenios)**

DESPERTA FERRO



EDICIONES

## CAPÍTULO 1

# EL MUNDO A ESPALDAS DE LA TORTUGA

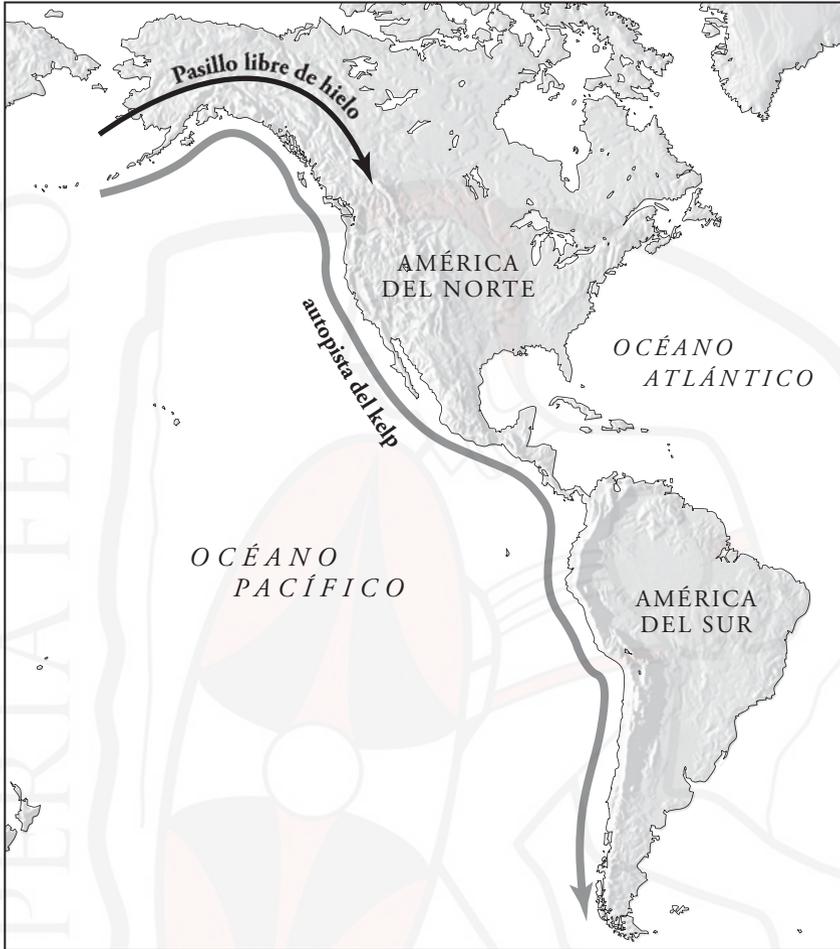
El kelp era la clave de América.

En la última era glacial, iniciada hace 2,5 millones de años, enormes placas de hielo cubrieron una extensión tan grande de las aguas mundiales que el nivel del mar experimentó un drástico descenso y cambió la superficie de la Tierra. Las islas se convirtieron en istmos, los fondos marinos en praderas. El cambio más relevante en el norte de América tuvo lugar en el estrecho de Bering, donde, hace unos 70 000 años, surgió una masa terrestre de unos 960 kilómetros que conectaba Asia y América. Esta extensión de nueva tierra –Beringia–, recorrida por ríos, jaspeada de lagos y cubierta de prados y maleza, acogía a florecientes comunidades animales y atrajo hacia América a gentes llegadas del oeste.

El deshielo de los glaciares comenzó en Norteamérica alrededor de 21 000 años atrás. Cuando los casquetes de hielo de kilómetro y medio de alto se fundieron en los océanos, en el flanco oriental de las Montañas Rocosas se abrió un estrecho corredor a través del hielo. Hacia 11 000 a. n. e.,\* grupos humanos empezaron a desplazarse hacia el sur por este paso hasta alcanzar una vasta pradera continental rebosante de mamíferos enormes: mamuts, mastodontes de seis toneladas, bisontes de dos metros y medio de alto, perezosos gigantes, osos de cara corta, camellos, caballos y varias especies de antílope. El tamaño y número de las bestias exigió innovación tecnológica a los nuevos moradores de la región. Los grupos de cazadores comenzaron a usar sílex, chert, obsidiana y otros tipos de piedra maleable con los que crear afiladas puntas de flecha acanaladas capaces de penetrar la gruesa piel de las bestias con letal eficacia. Los cazadores recorrían centenares de kilómetros hasta las

---

\* N. del T.: Antes de nuestra era.



**Mapa 1:** La autopista del kelp.

mejores canteras para obtener la mejor piedra. Estrategias de subsistencia de bajo riesgo –recolección, pesca y piezas de caza menor– completaban su dieta y sostenían a unas comunidades humanas resistentes y en crecimiento.<sup>1</sup>

No obstante, la población humana del hemisferio occidental era muy irregular. Nuevas oleadas migratorias llegaron por una ruta marítima anterior, y es posible que mucho más transitada, que seguía el arco del Pacífico. En ella, los pobladores se desplazaban en embarcaciones de pieles a lo largo del litoral y subsistían gracias a la rica vida marina y de los estuarios que florecía en la zona de aguas frías situada frente a las costas, la «autopista del kelp», que se extendía desde el nordeste de Asia hasta el

litoral andino. Las praderas de kelp, ricas en nutrientes, acogían a colonias de peces, crustáceos, aves marinas, algas y nutrias, lo cual les permitía a los habitantes tener dietas equilibradas y abundantes. La búsqueda de alimento de estos pueblos anfibios era más segura y más eficiente que la de los cazadores de grandes presas del interior. En los manglares litorales hallaban abundante alimento. Estos grupos de cazadores y recolectores marítimos de alta movilidad iban de un abundante hábitat a otro y se dividían cuando era necesario. Es posible que alcanzaran Monte Verde, en el Chile actual –16 000 kilómetros al sur del estrecho de Bering– muy pronto, alrededor de 16 500 a.n.e. Los primeros indicios de presencia humana en el norte de América se han hallado en el sudoeste, donde esta se remonta a 23 000 años atrás.<sup>2</sup>

Los pobladores se expandieron por todo el hemisferio con notable rapidez y lo hicieron a pesar de las enormes dificultades a las que se enfrentaban. Al contrario que su homólogo oriental, el hemisferio occidental tiene una pronunciada orientación norte-sur, con lo que, en su desplazamiento, los pueblos debían superar diferentes circunstancias meteorológicas y ecológicas, en las que tenían que adaptar la búsqueda de alimento, herramientas, vestido, morada, sistema social y mentalidad para encarar la situación. Muchos de los relatos originarios de los nativos americanos hablan de subidas de nivel del mar y de montañas de agua, lo cual parece describir el deshielo de los glaciares que se precipitaban sobre la tierra. Ya en esta temprana época era evidente que las Américas se caracterizaban por la asombrosa diversidad y resiliencia de sus pobladores humanos.



Existió otro mundo antes que este, una isla-mundo que flotaba en el cielo, la feliz morada del Pueblo de los Cielos. Pero la Mujer del Cielo quedó encinta de forma inexplicable y su marido se enfureció. Arrancó un gran árbol que abrió una brecha en el cielo y arrojó hacia abajo a la Mujer del Cielo al mundo acuático. Unos patos recogieron entre sus alas a la Mujer del Cielo y la tendieron sobre la espalda de la Tortuga, que le permitió descansar sobre ella. La Tortuga anunció que su llegada era un buen augurio: la Mujer del Cielo dejó de ser una forastera. Las criaturas del agua –el castor, el colimbo y muchos otros– se sumergieron en las profundidades para traer fango del fondo marino para que la Mujer del Cielo pudiera caminar sobre él, aunque todos fracasaron. Solo lo logró la rata almizclera, que trajo un puñado de barro. Los animales lo extendie-

ron sobre la espalda de la Tortuga y se encargaron de que el limo la cubriera. Se convirtió en una isla, con una extensión enorme de tierra firme. Este fue el lugar de nacimiento y el hogar del pueblo iroqués. La Mujer del Cielo tuvo una hija, que, a su vez dio, a luz a dos hijos: Tharonhiawagon, que era bueno, y Tawiskaron, que era malvado. Tawiskaron entró en el mundo rasgando una abertura en el costado de su madre, que la mató, pero Tharonhiawagon hizo el sol, los lagos, los ríos y las montañas con el cuerpo de su madre. Consumido por la envidia, Tawiskaron trató de deshacer la creación de su hermano, pero Tharonhiawagon le dio muerte. Esto no era indicio de disfunción, sino de equilibrio. El mundo no era del todo malo, ni del todo bueno. La Mujer del Cielo mantuvo el equilibrio.<sup>3</sup>

El pueblo pawnee también recibió guía de los cielos, aunque ellos surgieron de abajo. En el principio, Tirawa, –Padre–, era el centro de todo abajo. Sin embargo, el mundo no tenía forma, ni orden; solo había caos. Tirawa convocó a los poderes de los cielos, les envió sus pensamientos y creó dioses celestiales que trajeran orden: la Estrella del Ocaso al oeste, en representación de los hombres pawnees; y el Lucero del Alba al este, representante de las mujeres pawnees. El Lucero del Alba dio a luz al primer ser de la tierra y, por medio de sus cuatro ayudantes –viento, nube, relámpago y trueno–, guio a los pawnees hacia las praderas, donde descubrieron el maíz y los búfalos, la base de su existencia material y espiritual. La historia fundacional de los pawnees, en lugar de basarse en desplazamientos y devastadores cataclismos, narra la búsqueda de orden social y cósmico en un lugar muy concreto. Para los pawnees, los ríos Platte (Chato), Republican y Loup de las Grandes Llanuras eran –y son– el centro del mundo.<sup>4</sup>

El mito fundacional de los cheroquis –que se llaman a sí mismos, *Ani-Yun-Wiya*, que significa «personas de verdad»–, narra la lenta creación del mundo. Al principio, la Tierra era una isla flotante sobre el mar, suspendida por cuerdas de *Gälûn'läti*, un mundo celeste de sólida roca. La Tierra era blanda y húmeda y los animales enviaron al Gran Águila a preparar al mundo inferior para ellos, pero no logró hallar tierra firme. Se cansó y sus alas empezaron a batir el suelo; así creó una serie de valles y montañas. Ese país montañoso se convirtió en la tierra de los cheroquis. El Gran Águila creó primero animales y plantas y más tarde a los humanos. Al principio, solo hubo un hermano y una hermana. Él golpeó a su hermana con un pez y le ordenó que se multiplicara. Primero, ella daba a luz cada siete días, con lo que el mundo corría el riesgo de quedar superpoblado, de modo que empezó a tener un hijo cada año y, de este modo, lo estabilizó.<sup>5</sup>

Al igual que los cheroquis, la historia fundacional de los lakotas si-cangus se centra en las relaciones entre humanos y animales y entre los humanos y la Tierra. Hubo un mundo anterior, pero los humanos desconocían la forma correcta de vivir en él, por lo que *thunjkásila* —«abuelo»— decidió crear uno nuevo. Resquebrajó la Tierra y el agua fluyó y lo cubrió todo. Precieron todas las personas y los animales, salvo el cuervo, que imploró a *thunjkásila* un lugar donde poder descansar. *Thunjkásila* cubrió el mundo de tierra y vertió lágrimas, que se tornaron en mares, lagos y ríos. Abrió la bolsa de su pipa, sacó animales y plantas y los dejó expandirse por todo el territorio. Solo entonces modeló seres humanos hechos de tierra. Prometió no ahogar al nuevo mundo si las personas trataban con respeto su creación. «Ahora —dijo—, si ya habéis aprendido a comportaros como seres humanos y vivir en paz entre vosotros y con los demás seres vivos (los de dos patas, los de cuatro, los de muchas patas, los que vuelan, los que carecen de patas, las plantas verdes de este universo), entonces todo estará bien. Pero si hacéis que este mundo sea malo y feo, entonces también lo destruiré. Depende de vosotros». <sup>6</sup>

Mientras que numerosas historias de los orígenes de las naciones indígenas de Norteamérica explican la creación del universo junto con la de un pueblo concreto, la de los kiowas explica un atributo distintivo: su reducido número. Los kiowas —*Ka'igwu*, «pueblo principal»— llegaron a este mundo por un tronco hueco, uno a uno. Pero, entonces, una mujer, con el cuerpo hinchado por el embarazo, quedó atascada. Muchas personas seguían esperando salir del tronco, pero no había forma de salir, por lo que los kiowas nunca sumaron más de 3000 seres humanos. <sup>7</sup>

Los navajos emergieron de un mundo inferior. Sin embargo, cuando salieron todavía estaban evolucionando. El Primer Hombre y la Primera Mujer formaban el Pueblo de la Bruma. Este carecía de disciplina y destruyó la *hózhó*, la «armonía». Recorrieron varios mundos y de cada uno acumularon conocimiento y razón, hasta que, por fin, llegaron al presente, formado del todo y con un equilibrio de oportunidades y desafíos para hombres y mujeres. El Primer Hombre y la Primera Mujer ya conocían el modo adecuado de tratarse entre ellos, a los demás pueblos y a todas las criaturas vivientes. *Dinétab*, el hogar ancestral de los navajos, ya podía existir entre las cuatro montañas sagradas. El Primer Hombre y la Primera Mujer encontraron un bebé y lo criaron. Era una niña que se convirtió en Mujer Cambiante, la cual se desposó con el Sol, y, juntos, viajaron al océano del oeste, crearon cuatro clanes y los llevaron de regreso a *Dinétab*, lo que completó así su mundo. <sup>8</sup>

Estas y muchas otras historias explican cómo tomó forma un nuevo mundo multiétnico: la América indígena. Los relatos de los orígenes no siempre entran en conflicto con ciertas teorías científicas acerca del poblamiento de las Américas. Las alusiones a tierras emergidas durante la Edad de Hielo y el resurgir de tierra firme cuando los glaciares empezaron a deshelerse no son difíciles de detectar en los mitos originarios indígenas. Las inundaciones –repentinas, devastadoras y regeneradoras– de las historias fundacionales, siempre presentes, describen los cambios radicales a los que tuvieron que enfrentarse los humanos en el norte de América a partir de 17 000 a.n.e. Tales relatos ilustran una América indígena que es antigua, compleja y dinámica. En la costa pacífica de Mesoamérica y de Norteamérica existen 143 lenguas nativas diferentes, probable resultado de una sucesión de escisiones de una única lengua original en el transcurso de 35 000 años.<sup>9</sup>



Los primeros americanos no dividieron el mundo entre hemisferios y continentes. No habían cruzado mares u océanos para alcanzar América y, por tanto, no consideraban haber llegado a un nuevo mundo. En sus viajes se enfrentaron a notables cataclismos ecológicos, pero prevalecieron, con frecuencia, por medio de la división del trabajo basada en el género. Comprender el mundo y su carácter impredecible, así como sus peligros y sus dones, era de vital importancia. Estos pueblos no consideraban que estuvieran ocupando nuevas tierras porque ellos siempre habían estado allí.<sup>10</sup> Hacia 10 000 a. n. e. había poblaciones humanas en casi todos los confines del hemisferio occidental, desde la Alaska todavía cubierta por los hielos al Yukón y a Monte Verde, en Sudamérica. Norteamérica se había convertido en un continente indígena y siguió siéndolo durante casi doce milenios. En 10 000 a. n. e. los moradores de las Américas eran cazadores-recolectores y estaban prosperando. Su mundo rebosaba de megafauna e implementaron nuevos métodos de caza, en los que operaban en grupos reducidos que debían cumplir una serie de tareas y rituales adecuados para establecer una correcta relación entre cazador y presa: rastrear a los animales y llevarlos hacia un punto donde matarlos, a menudo cerca de una poza de agua; abatir a las bestias gigantescas con lanzazos coordinados; procesar carne, huesos y pieles para uso inmediato y futuro. La abundancia de caza se mantuvo durante dos milenios, pero después las placas de hielo continental comenzaron a fundirse con rapidez y los mamíferos gigantes empezaron

a extinguirse, perjudicados por un clima cada vez más errático y en proceso de calentamiento. Los humanos, ignorantes, al parecer, de lo frágiles que eran las poblaciones animales, continuaron dando caza a las grandes bestias, y quizá propagaron el uso del fuego, con lo que, sin querer, les asestaron el golpe de gracia. Hacia 8000 a. n. e. se habían extinguido unas tres docenas de especies de animales gigantes.<sup>11</sup>

Fue en este momento cuando muchos de los americanos primigenios del oeste norteamericano se dedicaron a la caza del bisonte. Estos animales, que también eran unos relativos recién llegados de Beringia, eran agresivos, prolíficos y tenían tal capacidad de adaptación que evitaron extinguirse al especializarse en pacer pasto corto. En el transcurso de milenios, encogieron –en el sentido literal de la palabra– para sobrevivir en las cambiantes condiciones del árido oeste y se hicieron más ligeros, rápidos y móviles. Los cazadores también tuvieron que adaptarse. La llegada de una nueva punta de lanza, refinada, acanalada y extremadamente delgada, y, por tanto, potente, anunció la llegada de una nueva civilización cazadora, cuyos pueblos operaban en bandas de alta movilidad que podían seguir rebaños durante centenares de kilómetros, atrapar a docenas de bestias para darles muerte o encajonar manadas enteras en un cañón o quebrada o bien empujarlas a un precipicio.<sup>12</sup>

El calentamiento progresivo del clima hizo crecer la hierba y otros tipos de forraje, con lo que las poblaciones animales proliferaron e impulsaron a los cazadores a seguir innovando. La invención del *átlatl*, alrededor de 17 500 a. n. e., supuso un punto de inflexión. Se trata de un propulsor, un bastón de madera con un eje en un lado y un hueco en el otro que permite a un lanzador arrojar un venablo ligero más rápido y más lejos, con un movimiento giratorio que canaliza la energía acumulada en un efecto muelle. En esencia, se trataba de una extensión del brazo del cazador que hacía relativamente seguro y fácil capturar presas. Los cazadores a pie podían ahora matar a su presa desde una distancia de casi 140 metros. El *átlatl* también fue de gran utilidad para los recolectores marítimos, pues les dejaba una mano libre para pilotar la embarcación. Las puntas de lanza acanaladas cayeron en desuso.<sup>13</sup> Los primeros americanos, aunque masacraron animales por millares, trataban a las presas con respeto y cuidado. Con el fin de convertirse en cazadores efectivos, debían tener un íntimo conocimiento de la conducta de los animales y saber cómo manipular sus hábitats –en particular con fuegos estratégicos– para asegurar así desplazamientos predecibles de los rebaños y cacerías exitosas. Necesitaban acercarse a las bestias con pensamientos y ceremonias adecuadas que garantizaran el sacrificio y tenían que aceptar

los dones del animal –piel, carne, hueso y sangre– con respeto y compasión. Si no lo hacían, provocarían la enemistad de los espíritus animales y destruirían los antiguos vínculos de hermandad con los seres humanos. Fue esta mentalidad de respeto y cuidado la que sostuvo el mundo de los cazadores del norte de América por espacio de varios milenios. Los pobladores no necesitaron explorar otras formas de vida hasta 4500 a. n. e.



Las bellotas, el fruto de la encina, son ricas en hierro, calcio, potasio, fibra, carbohidratos, grasas monoinsaturadas y vitaminas A, B y E. También estabilizan el metabolismo humano y los niveles de azúcar en sangre. Los primeros americanos que se establecieron en la costa oeste de Norteamérica dependían, en gran medida, de las bellotas y el kelp y fundaron una civilización completa sobre la base de estos alimentos. Crearon refinados ralladores y morteros de piedra para extraer el ácido tánico del precioso fruto y diseñaron cestas ligeras de gran capacidad para transportarlo y almacenarlo. Los pueblos nómadas levantaban asentamientos cerca de donde crecían las encinas, con lo que se vincularon a la tierra. Al cabo de poco tiempo, empezaron a desarrollar agricultura de pequeña escala liderada por jefes locales que coordinaban cultivos de rozas y distribuían tierras y cosechas. Tan abundante era la cosecha de bellotas que los pueblos de la costa oeste apenas mostraron interés por el cultivo de maíz.<sup>14</sup>

Este mundo indígena ligado al Pacífico rehuía la centralización política. Las comunidades se componían de grupos de parentesco de estrechos vínculos que disfrutaban de derechos exclusivos sobre zonas de alimentos silvestres, cazaderos y pesquerías. Víveres, herramientas, plantas medicinales y artículos de lujo circulaban por redes comerciales locales y de larga distancia, lo cual creó una enorme red regional de reciprocidad e intercambio, donde las corrientes oceánicas llevaban recursos –bambú, desechos marinos, troncos de madera roja– a la puerta de su hogar, en el sentido literal de la palabra. Lo que se conocería como California era un mundo opulento, seguro y de organización política sofisticada. Una civilización marítima enclavada en un litoral rico en kelp, de excepcional fertilidad y reforzado por el fruto de la encina; es posible que fuera la región de mayor densidad de población de Norteamérica.

La trayectoria de la costa oeste indígena, con ser diferente, apunta a una dinámica más general: en todas las Américas, los pueblos estaban reevaluando sus posibilidades; el hemisferio occidental se estaba

diversificando en varios mundos únicos. A lo largo de la costa noroeste, las cálidas corrientes de Kuroshio y del Pacífico Norte engendraron un clima templado de abundante pluviosidad. El salmón se convirtió en elemento básico de la dieta y en el centro de la singular cultura local. Creían que los salmones eran seres eternos que, durante el invierno, moraban casas bajo la superficie. Si se les convocaba con las preces adecuadas, el salmón asumía su forma de pez en primavera y llenaba los ríos, donde se entregaba. Los cazadores marítimos navegaban mar adentro siguiendo el rastro de ballenas, focas, nutrias marinas y demás megafauna del mar que abundaba en el bosque de kelp, con lo cual llevaron su mundo –economía, redes sociales y vida espiritual– muy adentro del Pacífico.<sup>15</sup>

Esta espectacular extensión de su expansión y ambiciones requería adaptabilidad, compromiso y creatividad. Las comunidades locales, relativamente desprovistas de clases sociales, dejaron paso a órdenes más jerárquicos que podían movilizar grandes fuerzas de trabajo e imponer una especialización social. A principios del segundo milenio de nuestra era –en el siglo XIV–, la costa noroeste estaba jaspeada de suntuosas casas de planchas de cedro que podían medir 150 metros de largo por 22 de ancho y acomodar a múltiples familias. Estas construcciones estaban ornamentadas con fachadas frontales falsas decoradas con imágenes estilizadas de animales que representaban clanes específicos y, frente a ellas, se proyectaban hacia los cielos tótems finamente esculpidos. El pueblo de la costa noroeste se transformó en una serie de sociedades de rangos que distinguían a los individuos por su distancia genealógica con respecto a las familias de la élite. Las grandes viviendas eran microcosmos de la civilización de la costa noroeste, a la cual simbolizaban y salvaguardaban. Del mismo modo que las haciendas se basaban en un sistema de clasificación social, también lo hacían las muchas naciones –tinglit, haida, kwakiutl, bella coola, makah, chinook, entre otras– que compartían la región. Las casas que, en su conjunto, formaban la nación, competían por el prestigio y el poder en suntuosas ceremonias *potlatch*, en las que las familias pudientes compartían públicamente sus posesiones con las más pobres, con lo cual reafirmaban su preeminencia. Lo que funcionaba a pequeña escala también lo hacía a gran escala. El pueblo de la costa noroeste convirtió ambición, abundancia y rivalidad en una fuerza social cohesiva. Buena parte de la tierra era compartida como un recurso común, no como propiedad privada. Hacia 1500 a. n. e., los mundos indígenas del norte de América prosperaban gracias al

kelp, las bellotas, la caza y la pesca y sentaron los cimientos de futuras civilizaciones.<sup>16</sup>

## NOTAS

1. Kehoe, A. B., 1992, 1-11; Fiedel, S. J., enero de 1999, 95-115; Raff, J., 2022.
2. Moreno-Mayar, J. V., Vinner, L., Barros Damgaard, P. de, Fuente, C. de la, Chan, J., Spence, J. P., Allentoft, M. E. *et al.*, 2018 [<https://doi.org/10.1126/science.aav2621>]; Braje, T. D., Dillehay, T. D., Erlandson, J. M., Klein, R. G. y Rick, T. C., noviembre de 2017, 592-594; Montaigne, F., enero-febrero de 2020 [<https://www.smithsonianmag.com/science-nature/how-humans-came-to-americas-180973739>]. Existe un considerable desacuerdo en cuanto a las fechas; algunos científicos creen que los humanos alcanzaron Monte Verde hace 32 000 años. Para este debate, *vid.* Mann, Ch. M., 2011, 182-196; Bennett, M. R., Bustos, D., Pigati, J. S., Springer, K. B., Urban, Th. M., Holliday, V. T., Reynolds, S. C. *et al.*, 24 de septiembre de 2021, 1528-1531.
3. Ford, L., 2008, 2- 3; Fenton, W. N., octubre-diciembre de 1962, 283-300; Snow, D. R., 1994, 3-4; Barr, D. P., 2006, 3.
4. Bird Grinnell, G., abril-junio de 1893, 114-130.
5. Mooney, J., 1902, 240.
6. Erdoes, R. y Ortiz, A. (eds.), 1984, 496-499 («Ahora [...]», 498-499).
7. Momaday, S., 1969, 17.
8. Lamphere, L., otoño de 1969, 279- 305; Reichard, G. A., verano de 1946, 210-213; Witherspoon, G., 1974, 41-60; Witherspoon, G., 1975, 15-22, 68-69.
9. Kehoe, A. B., 2002, 9; Zeitlin, R. N. y Zeitlin, J. F., 2000, 45-121, esp. 51-53.
10. Deloria jr., V., 1995; Hau, M. von y Wilde, G., 2010, 1283-1303; Erdoes, R. y Ortiz, A. (eds.), *op. cit.*, xiv. Para una sólida argumentación del carácter central de la tierra en la historia estadounidense, *vid.* Dunbar-Ortiz, R., 2014.
11. Wissler, C. y Duvall, D. C., 1908, 121-133; Grayson, D. K. y Meltzer, D. J., mayo de 2003, 585-593; Gill, J. L., Williams, J. W., Jackson, S. T., Lininger, K. B. y Robinson, G. S., noviembre de 2009, 1100-1103; Haynes, G. (ed.), 2009.
12. Martin, J. M., Mead, J. I. y Barboza, P. S., mayo de 2018, 4564-4574; Fiedel, S. J., 1992, 143-146.
13. Fiedel, S. J., 1992, 66; McClellan III, J. E. y Dorn, H., 2006, 11; Whittaker, J. C., Pettigrew, D. B. y Grohsmeier, R. J., 2017, 161-181.
14. Kehoe, A. B., 1992, 403.
15. Reid, J. L., 2015, 4-12; Hackel, S. W., 2005, 17-20; Calloway, C. G., 2003, 45-50; Kehoe, A. B., 1992, 429-434.
16. Kehoe, A. B., 1992, 434-457; Greer, A., abril de 2012, 370.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«El mejor libro que he leído acerca de la historia de los indios americanos».

*New York Times Books Review*

---

Según el viejo y arraigado canon acerca de la historia de América, Colón «descubrió» un continente extraño y trajo historias de sus incalculables riquezas. Un asombroso «Nuevo Mundo» que los Estados europeos corrieron a conquistar y, aunque los indígenas se defendieron, no pudieron detener la embestida. Los imperialistas blancos estaban destinados a dominarlo, y la narración tradicional relata un camino irreversible hacia la inexorable destrucción de los nativos... Sin embargo, como en tantas otras historias de origen bien asentadas, esta también se basa en mitos y distorsiones.

En *Continente indígena* el aclamado historiador Pekka Hämäläinen presenta un potente argumentario que echa por tierra muchos de los supuestos más aceptados de la historia de Norteamérica. Nos aleja del Mayflower, de los padres fundadores y de otros trillados episodios de la cronología convencional y nos acerca a unas naciones indias cuyos miembros, lejos de ser víctimas indefensas de la violencia colonial, dominaron el continente durante siglos tras la llegada de los primeros europeos, a los que derrotaron con frecuencia: desde los iroqueses en el nordeste hasta los comanches en las llanuras, y desde los indios pueblo en el sudoeste hasta los cheroquis en el sudeste.

En 1776 varias potencias coloniales reclamaban casi todo el continente, pero lo controlaban los indígenas. Los mapas modernos, que pintan gran parte de Norteamérica en bloques ordenados y por colores, confunden los extravagantes alardes imperiales con el control real. Aunque la población blanca y el ansia de tierra de los colonos se dispararon, los indígenas florecieron gracias a la diplomacia y a unas sofisticadas estructuras de liderazgo, cuyo punto álgido fue la victoria lakota de Little Bighorn en 1876.

*Continente indígena* devuelve a las naciones indias su lugar en la historia de Norteamérica.

ISBN: 978-84-128068-5-4



P.V.P.: 28,95 €

**HISTORIA  
DE AMÉRICA**